

NARRACIONES DE PARTICIPACIÓN POLÍTICA Y CIUDADANÍA DESDE LA MEMORIA DE LAS MUJERES DEL CAMPO EN GUATEMALA¹

Ana López Molina

Correo electrónico: lopezmolina.ana@gmail.com

Recibido: 13/12/11 Aceptado: 17/7/12

Resumen

Este artículo analiza la memoria de las mujeres de Guatemala a partir de la revisión de autores/as latinoamericanos/as e investigadores/as de otras latitudes que han trabajado sobre la memoria como concepto, como práctica y como construcción. El artículo se enfoca en las mujeres del campo -indígenas y campesinas-, quienes desde su participación en espacios organizados buscan los hilos para tejer su memoria y así continuar la larga historia de lucha y resistencia femenina de sus ancestras. El objetivo principal es esclarecer las intersecciones entre memoria y ciudadanía, desde las imbricaciones de la primera, en la lucha por la identidad y construcción del ser mujer del campo en Guatemala. Con estas ideas se busca abordar preguntas surgidas en investigaciones anteriores tales como ¿cómo constituye a las mujeres el acto de recordar? ¿La memoria hace a las mujeres o ellas la hacen? Por último, si las mujeres, particularmente las del campo, construyen su propia memoria, ¿están ellas construyendo (otra) ciudadanía?

Palabras clave: Memoria, memorias epistémicas, memoria de mujeres, mujeres del campo, ciudadanía.

Abstract

This article analyses the memory of women in Guatemala through the review of Latin-Americans authors and other researchers who have worked on memory as a concept, as a practice and as a construction. The article focuses on rural women -indigenous and peasant- who, while participating in organized spaces, are searching the threads to weave their memory, thus following their ancestors in the long history of women's struggle and resistance. The main objective is to clarify the intersections between memory and citizenship, from the overlapping of the first, in the struggle for the identity and the construction of rural womanhood in Guatemala. With these ideas, the article tries to answer questions raised in other previous research such as how does the act of remembering constitute women? Does memory make women or do they make it? Finally, if women, particularly rural women, build their own memory, are they building (another) citizenship?

Key words: Memory, epistemic memories, women's memory, rural women, citizenship.

Los puntos de partida y las perspectivas

La Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala (AVANCSO) mantiene un fuerte compromiso con el movimiento social. Su objetivo fundamental es que la investigación sea útil a los sujetos, por lo que el Área de Estudios sobre el Campesinado (AEC) mantiene este compromiso al establecer sus líneas de investigación. Durante varios años durante la década de 1990, esta asociación trabajó de cerca con la Coordinadora Nacional Indígena y Campesina (CONIC), estableciendo vínculos de confianza y cercanía, y contribuyendo a la formación política de sus dirigentes y a la reflexión sobre la realidad. En esos años se pudo observar que la participación de las mujeres era fuerte y visible durante las concentraciones, manifestaciones y marchas, pero que en los espacios de dirección y decisión estaban ausentes. Ante esta realidad, se realizó una investigación sobre la participación política de las mujeres campesinas. Después de mucho deliberar, y del distanciamiento de la relación con CONIC, se decidió trabajar con la memoria como puerta de entrada para comprender la participación femenina en tiempos pasados en dos zonas del país protagonistas de conflictos históricos: uno en el marco de la guerra y el otro en el marco de la lucha alrededor de la tierra y en contra de un sistema que amarra a las poblaciones a las grandes plantaciones de café.

Este trabajo procura justamente ampliar el concepto convencional de participación política de la mujer, muchas veces restringido –en el mejor de los casos- al ejercicio de una ciudadanía o al hecho de pertenecer a un partido político, postularse a cargos de elección o desempeñarse como funcionaria pública. Esto se debe a que esta concepción de participación política resulta restringida –sino es que completamente fuera de alcance- para las campesinas e indígenas. En este sentido, la participación política se define en este artículo como el involucramiento de una mujer, al lado de otras sobre todo, pero también de otros, en la lucha y defensa de intereses colectivos. Esto significa que estas mujeres no permanecen silenciosas ni están circunscritas al espacio doméstico, por lo que la participación política implica el reajuste de su tiempo en el espacio público y el privado.

Como se verá, la incorporación de una mujer a espacios organizativos o su involucramiento en luchas puntuales tiene necesariamente un efecto sobre su vida cotidiana y requiere el reacomodo de los miembros de la familia, las tareas y los horarios. Por eso para comprender mejor el ir y venir entre lo público y lo privado, así como el desdibujamiento de los límites entre estos espacios, fue necesario recurrir a marcos interpretativos feministas. Estos, no obstante, no eran nuevos ni ajenos, pues la Red de Mujeres de Plataforma Agraria, instancia multisectorial de la que AVANCSO es fundador y parte, lleva varios años reflexionando sobre estos marcos para comprender y nombrar sus espacios de opresión y así poder llegar a definir una agenda política para las mujeres. La Red se creó en 2004 y actualmente está conformada por delegadas de las 23 organizaciones que conforman la alianza Plataforma Agraria. Además es muy activa en el occidente del país, donde una de sus integrantes participa en el Consejo Departamental de Desarrollo (COCODE) de San Marcos, el espacio de decisión y canalización de recursos públicos para el Departamento.

En el marco de estas investigaciones previas se conversó, entrevistó y convivió con mujeres de estas y otras organizaciones² sobre su vida cotidiana y organizativa de donde surgieron varias preguntas. Este artículo, cuya motivación también nace a raíz de la invitación al Seminario “Memoria, cultura y ciudadanía” convocado por el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la UCA, pretende responder las siguientes preguntas: ¿Cómo constituye a las mujeres el acto de recordar? ¿La memoria hace a las mujeres o ellas la hacen? Si las mujeres, particularmente las del campo, construyen su propia memoria, ¿están construyendo (otra) ciudadanía? Para responder estas preguntas, se hizo una lectura transversal de los relatos de memoria recogidos en las investigaciones en las que la autora ha estado directa e indirectamente involucrada (Ver AVANCSO, 2009; Hernández *et al.*, 2008; López, 2010).

Algunas consideraciones sobre la memoria en Guatemala

En Guatemala se empezó a hablar de memoria alrededor de la firma de los Acuerdos de Paz como parte de los esfuerzos del Proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI) de la Iglesia católica y de la Comisión de Esclarecimiento Histórico (CEH), este último un esfuerzo del Estado a partir del mandato de los Acuerdos de Paz. Quizá por esto es que al hablar de memoria se piensa inmediatamente en la guerra, las víctimas, los desplazados y los refugiados. Sin embargo, los ejercicios de memoria alcanzan cualquier otro esfuerzo que tenga que ver con el pasado y el futuro, con la identidad o con las luchas.

Recordar solo es posible con la ayuda de otros -presentes o ausentes-, quienes se constituyen en agentes que activan la memoria. Posteriormente, se necesita de una mediación, o sea de alguien que hile ese tejido construido de valiosos cúmulos de recuerdos, interpretaciones, olvidos y silencios. Chartier (citado en Taracena, 2006: 29-30) apunta que no puede construirse memoria sin combinar memoria individual, memoria colectiva e historia. Las comunidades exigen a la memoria su propia existencia, ya que el pasado en el presente define la construcción del ser colectivo.

Es común escuchar y leer sobre “recuperar” o “reconstruir” la memoria. Sin embargo, esto necesita ser problematizado: ¿Es la memoria algo inerte y terminado que por una u otra razón se desarma o se descompone y entonces necesita ser recuperado o reconstruido? ¿Qué se esconde detrás de los procesos que pretenden “reconstruir” la memoria? ¿Será que al reconstruir memoria siempre hay un interés que designa cuál es el hilo discursivo sobre el que se hará la reconstrucción?

La visión que se propone en este trabajo es que la memoria está en constante construcción. Por ejemplo, si se habla con una persona que ha sobrevivido a una masacre en su comunidad y después de 20 años se habla nuevamente con esa misma persona, se encontrará que se trata de dos relatos distintos. Lo que permanece es una esencia del yo y de la serie de eventos ocurridos que atan el relato, pero las interpretaciones, las posiciones, lo que se acepta, lo que se calla, lo que se cuenta y lo que no, variará de una circunstancia social e histórica a otra (Manz, 1999). Es por esto que es importante acompañar el ejercicio de recordar con una lectura de la realidad de quien

narra, ya que la memoria contiene una fotografía del momento histórico en que fue recogido el testimonio. La interpretación de lo que sucedió, el recuerdo, el olvido y el silencio responden al hoy de cada una de las personas que habla. En otras palabras, la memoria es una lectura desde el contexto en el cual se produce; es una interpretación de la vida desde el hoy.

En Guatemala se habla mucho de memoria histórica desde el entendido de que la memoria es lo que “verdaderamente” ocurrió. Sin embargo, según Halbwachs (1950), la memoria histórica es prestada, aprendida, escrita, pragmática, larga y unificada. Asimismo, también se maneja una distinción entre memoria histórica, como lo que realmente ocurrió, y la memoria colectiva, considerada menos verdadera. Por eso, cuando se adjetiva una memoria como “histórica”, lo que se busca es legitimar el testimonio, lo que finalmente se consigue por medio de la escritura. Sin embargo, es necesario reflexionar un poco más sobre el trasfondo de este apelativo ya que a veces pareciera tratarse más bien de una memoria colectiva, producida, vivida, oral, normativa, corta y plural. Es decir, una memoria que, si bien porta una “verdad reveladora de sentido” que es indispensable para la historia, también puede estar “contaminada” por la historia y repetir los conocimientos comunes sobre lo ocurrido, los cuales a su vez pueden no coincidir con lo que verdaderamente ocurrió, sino más bien ser una percepción o narración sesgada de los hechos (Candau, 2002).

De este modo, la dinámica imperante en Guatemala parece deslegitimar la historia por ser mentirosa y exaltar las memorias vivas como portadoras exclusivas de la verdad. Eso implica olvidar que la memoria viva es creada por personas que dentro de su marco social y cultural interpretan lo ocurrido, se interrogan sobre el pasado desde su presente particular y, finalmente, elaboran un relato que será censurado, embellecido, exagerado, recortado y adecuado a la situación presente, a quien escucha y al objetivo de relatarlo. El relato de memoria, entonces, está siempre construyéndose en estos términos. Si la memoria es la interpretación que hoy se hace del ayer, los “ayeres” posibles por interpretar son muchos (como múltiples son los “presentes”). Por eso la memoria, además de seleccionar, censurar, embellecer, recortar, conectar y traslapar, va creando laberintos que quien recuerda debe transitar, al mismo tiempo que va armando la ruta recorrida y, con ella, el relato.

Por lo general, la memoria reconstruye un pasado mejor, donde las personas eran mejores y tenían mejores condiciones, por lo que es común que se cuestione cuándo fue que ocurrió el cambio a un presente no tan bueno. Otras veces también se reconstruye un pasado de horror que no se quiere repetir y que se agradece haya terminado. En ambos casos, el ejercicio consiste en ubicar un evento parte aguas para poner en él toda la responsabilidad de haber perdido ese pasado tan maravilloso o, en su defecto, superado ese pasado terrible, olvidando las propias responsabilidades en el camino.

En 1996, la firma de los Acuerdos de Paz y el de Paz Firme y Duradera significó la refundación de la república democrática después de la guerra, la cual suponía una ciudadanía, un nuevo sujeto ciudadano no violento. En este sentido, ¿qué papel tiene las mujeres del campo en esa ciudadanía? ¿No caben por rebeldes? ¿No están por invisibles?

La memoria como ejercicio

¿Con cuál pasado relacionarse: ¿el reciente o el remoto?, ¿el doloroso o el idealizado?, ¿el histórico o el político? En fin, ¿para qué traer el pasado al presente? Ruz (2006) señala que el presente es un elemento inherente a la memoria; sin embargo, cabe agregar que en la memoria existe una visión cíclica del tiempo en la que el pasado se ve como futuro deseable. Rabotnikof (2007) ha llamado a esto la vía de los futuros presentes, los cuales dieron sentido a proyectos de modernización y de revolución, pero también reconoce que la tendencia actual se orienta a recuperar, reconstruir, construir o inventar (el verbo que se elija tendrá consecuencias teóricas y políticas) futuros del pasado en la forma de invención de tradiciones, secuencias identitarias o continuidades políticas.

En los ejercicios de memoria se puede encontrar una estructura que sostiene el recuerdo y que al final dicta qué se puede saber sobre el pasado y hasta dónde alcanza el conocimiento de este. En estos ejercicios está previamente establecido quién recuerda y qué se recuerda. De ahí que para otear el pasado desde el presente, al igual que para construir cualquier conocimiento, las circunstancias vitales de quien recuerda y de quien indaga (producción, validación y justificación del conocimiento) de ese saber pasado/presente sean de peso. Asimismo, existe un esfuerzo por hacer narrable esa experiencia y, sobre todo, inteligible para quien la escucha, esfuerzo que implica, como ya se dijo, el cruce de las circunstancias vitales con los recursos estéticos y de edición que forman el relato.

Ahora bien, si desde la memoria se construye el pasado y el futuro, y la memoria está dada por el presente, entonces la realidad es construida por la memoria. La memoria crea certezas sobre lo que fueron, son y pueden ser las personas, ya sea como grupos o como individuos. La memoria es desde donde se construye una cosmovisión, una identidad, y desde donde se llena de significación el mundo. Estas construcciones son tan fuertes que sirven como criterios de validez, con un poder de legitimación y cuestionamiento como el que ostentan la razón, la intuición e incluso la autoridad.

Sin embargo, también hay que recordar que el conocimiento está dado socialmente y determinado históricamente. En él se originan los procedimientos por medio de los cuales los sujetos hacen ciertas elecciones, las cuales a su vez están basadas en sus conocimientos y experiencias. En este sentido, la memoria es una construcción social permanentemente elaborada y reformulada según la circunstancia desde donde se ubique. Desde ella puede pensarse la manera en que se ordena el presente en relación con el pasado y el futuro. Así, entonces, el discurso que se crea desde la memoria implica un marco teórico que define y explicita una determinada mirada y una estrategia valorativa sobre los problemas y la experiencia (Escolar y Palacios, 2009). Se trata de un discurso epistemológico hegemónico que pone pautas, pero ante el cual la memoria puede resistirse o rebelarse. En este sentido, Rivera y Margetic (s.f.: 8) apuntan lo siguiente:

La imposición hegemónica del saber es violenta porque enmarca sujetos, tradiciones y perspectivas en la injusticia de una homogeneidad de superficie que esconde negación y exclusión.

Desactivar esta violencia, o al menos denunciar las estrategias del poder epistemológico –que crea saber a partir de la manipulación, la opresión y la discriminación–, es sin duda un ejercicio de defensa de la sociedad, ejercicio que opera en la resignificación de los vínculos y en el ensanchamiento de los márgenes para la decisión y la acción.

La construcción de la memoria, entendida como resistencia a la hegemonía o como reducto de luchas contra discursos y prácticas del poder, tiene significado para un grupo social en lucha. Una subjetividad crítica puede elaborarse en la memoria, convirtiéndola en factor de lucha, resistencia, desafío a la historia y a la memoria oficiales: la memoria como campo de lucha que establece, resiste o cuestiona una epistemología hegemónica (Tischler, 2005: 103). Rajchenberg y Héau-Lambert (2000: 42) refuerzan esta idea al ubicar el control y la conservación de la memoria colectiva en las relaciones de poder, con lo que se reconoce que no puede haber una sola memoria social compartida. La memoria como espacio de poder se convierte en este sentido en un campo estratégico para la resistencia y para la transformación de las relaciones de género.

Sin embargo, una cierta idea de la realidad y de las relaciones que en ella ocurren, incluso de la construcción de memoria, parece circular bajo un discurso instituido. El trabajo de memoria puede entonces convertirse en un trabajo de institucionalización de un cierto discurso o de una cierta memoria social. Todorov (citado en Escolar Palacios, 2009) apunta que existen dos tipos de memoria: una literal y otra ejemplar. En la memoria literal el hecho recordado y traído al presente preserva su literalidad (que no es lo mismo que verdad), sin conducir más allá de sí mismo; es decir, el hecho no se puede superar sometiendo el presente al pasado. En cambio, la memoria ejemplar extrae una lección del recuerdo traumático, impulsando a la acción en el presente. En este sentido, Todorov considera potencialmente liberadora a la memoria ejemplar porque permite usar el pasado con vistas al presente, “lejos de seguir siendo prisioneros del pasado, lo habremos puesto al servicio del presente, como la memoria -y el olvido- se han de poner al servicio de la justicia.” (Todorov, citado en Escolar y Palacios, 2009: 60). De este modo, la memoria ejemplar es la que permite utilizar el pasado para tener una perspectiva del presente, poniendo al primero al servicio del segundo. Sin duda, esto resulta útil en procesos de búsqueda de justicia.

Ahora bien, la relación entre historia y memoria ha sido siempre cuestionada. Las sociedades eligen qué y cómo recordar y olvidar. Ambas decisiones reflejan en forma compleja sus condiciones actuales y establecen a su vez su capacidad para pensar y edificar el futuro. De ahí que, según Mersky (2006: 11), “los retos y la batalla ahora tendrían que enfocarse en la elaboración de la historia y la construcción de una memoria social más completas, con su riqueza de sujetos, ambiciones, atrocidades, ilusiones, errores y aciertos.”

En este punto cabe preguntarse si se trata de una ruptura epistemológica entre historia y memoria o de la construcción de una sobre la otra. Rabotnikof (2007) lo resuelve afirmando que entre ambas existe una sensibilidad temporal diferente, o dos formas de vivir el tiempo: la memoria es más presentista. Si se agrega la idea de que la memoria crea realidad, la complejidad de la relación entre memoria y política radica

en que el pasado se interpreta de distinta manera en la medida en que el presente va cambiando. Por esta razón, Brauer (citado en Taracena, 2006: 29) dice que el problema primordial de la memoria es que esta ocurre en el presente, pues se recuerda desde el “ahora”. El pasado alguna vez fue presente, pero nunca el presente es pasado. Entonces, es necesaria una convicción sobre la realidad pasada para inferir algo de ella, para lo que es fundamental todo un proceso de comparación, ordenamiento e interpretación de los recuerdos. Esto lleva a poner en juego distintos puntos de vista desde los que se infiere sobre lo sucedido temporal y espacialmente, mientras la percepción sobre lo que realmente ocurrió está dada por el presente. De este modo, parece ser recurrente que existan dos posturas frente a la memoria: una que se inclina por la necesidad de olvidar como condición para el futuro, y otra que implica definir qué debe ser recordado, y cuyo fin es evitar o buscar que el pasado se repita.

No obstante, entre la necesidad de olvidar y el deber de recordar se encierra una variedad de memorias entendidas como formas de relatar el pasado y abordar el presente. Estas memorias están cruzadas por consideraciones sobre quién está legitimado para hablar del pasado a partir de los lazos de cohesión y la visibilidad pública. Los espacios públicos son espacios donde hay múltiples capas de relatos y memorias, lo que los complejiza y dificulta comprenderlos (Da Silva, 2006: 75). Esto tiene que ver con que la memoria es una construcción social producida por sujetos en interacciones y puede entenderse también como algo intangible, no formalizable, según lo que establece Pedro Milos³. Las relaciones de poder, entonces, dicen quién recuerda y qué se recuerda, así como la manera en que se registran los recuerdos. Así, retener, traer al presente y hacer permanente el recuerdo es de entrada una tarea condicionada (Monzón, 2006: 249). Las reconstrucciones de la memoria colectiva mantienen una relación afectiva con el pasado, la cual puede ser desde militante hasta manipuladora, y que puede encerrar a un grupo en sus sufrimientos sin comprender los de otros grupos, o sin ser capaces de ver más allá.

Para Milos, no obstante, una cosa son los recuerdos, otra los testimonios y una tercera la memoria: existen (como colectivos y como individuos) recuerdos, silencios, olvidos. Nadie puede expropiarlos y algunos son movilizadores. Existen bloqueos para observar los hechos y entenderlos, y esto tiene que ver con la negativa de aceptar que la realidad construida por quien observa está cargada con fines diversos y cambiantes, o sea que no necesariamente corresponde con la realidad objetiva (Taracena, 2006: 27). Los usos políticos del pasado definen y están definidos por la práctica historiográfica: ¿Qué se elige investigar? ¿Cómo se presenta?

Sobre las mujeres y la memoria

Es necesario tener presente que el poder se inmiscuye en la memoria, desde la violencia con que la historia oficial pretende borrar las memorias hasta la interpretación de un pasado que excluye a las mujeres. De ahí que parezca difícil marcar puntos de quiebre o cambios de periodo o época en la historia femenina, pues las mujeres, muchas veces atadas por el poder, se identifican en sus relatos con el opresor o con la

víctima, es decir, organizan su relato a partir de una experiencia que no las muestra como protagonistas. De esta forma, pareciera que el pasado no pasa.

Sin embargo, desde la memoria también puede ubicarse a las mujeres como actores sociales y políticos cuando es posible recoger relatos de luchas pasadas que exploran la forma y los espacios de participación femenina. Estudiar la participación política de las mujeres permite así comprender las lógicas de organización y participación, el desarrollo de la identidad política y las continuidades y rupturas entre generaciones y entre organizaciones (AVANCSO, 2009).

Si bien las mujeres no han estado en la ciencia ni como preocupación ni como elaboradoras, es decir ni como objeto ni como sujeto, a través de su memoria ellas pueden crear conocimiento histórico. Jelin (2010: 60) se pregunta: “¿Cuál es la naturaleza de esa subordinación? ¿Cómo entender su memoria como aporte al conocimiento y como una estrategia de lucha? (...) Un primer hito de esta trayectoria feminista fue el descubrimiento de la invisibilidad social de las mujeres”. Las mujeres aparecen solo involucradas en el trabajo doméstico, en la retaguardia de las luchas históricas, detrás de cada gran hombre. De ahí que fuera necesario hacer visible lo invisible, la necesidad de ser reconocidas y nombradas, es decir, de existir. Estos saberes abren camino para revertir situaciones tales como el reconocimiento de la labor doméstica como trabajo o la redistribución de tareas del hogar, perspectivas que no entraron en la ciencia latinoamericana sino hasta tarde (Jelin, 2010).

De este modo, la lucha se desplaza de buscar estar en el espacio público, sobre todo en el mundo del trabajo remunerado, a luchar contra la discriminación y a favor de la igualdad (o sea de no ser solamente empleada doméstica, enfermera, maestra o secretaria, sino de trabajar en cualquier profesión considerada “masculina”). Con esto fue posible la imbricación entre desarrollo teórico, investigación y acción política, dado que la lucha se ubica en dos frentes: 1) el reconocimiento del trabajo y la lucha por mejores condiciones para las tareas ligadas a la división del trabajo y 2) el transformar estas condiciones. De acuerdo con Jelin (2010: 61), “Se constataba que la división sexual del trabajo es opresora en sí misma, implica subordinación y falta de autonomía de las mujeres, que son *propiedad* de los *pater familiae*. La discusión teórica y las consecuencias prácticas de la historia del patriarcado –concepto que permite vincular las relaciones dentro de la familia con las relaciones sociales más amplias, centrando la atención en las relaciones de poder.” (Énfasis añadido).

Lo anterior es importante porque “no es sólo el derecho a saber la historia de la opresión. Es también la historia de resistencia y la historia de rebelión, sin apologías y sin romanticismos.” (Mersky, 2006: 11). Como Taracena (2006: 29) señala, la historia debe equilibrar la necesidad de conocimiento del pasado con la lucha contra la subordinación al que ese mismo pasado ha condenado a grupos y colectivos, incluidas las mujeres. Por lo tanto, la única forma de trascender el olvido es conocer críticamente el pasado, lo cual implica diálogo entre memoria e historia.

Ahora bien, la memoria puede resistir o reproducir hegemonía, así como también puede romper estereotipos en relación con las mujeres (particularmente de las

indígenas organizadas y las excombatientes que, claro está, se salen de la norma). El conjunto de memoria de un grupo es un asidero de identidad bien definido, particularmente cuando es de mujeres que han resistido y que siguen resistiendo mediante la narración. Ellas pueden evidenciar el sentido de sus decisiones a través de un relato narrable que contenga la razón del pasado. La identidad vinculada a la memoria resulta así vinculada a las prácticas cotidianas y al impacto de sus acciones en las comunidades, de modo que las mujeres reconocen en la memoria elementos cohesionadores que les sirven para recuperar sus raíces y llenar los vacíos de su historia personal. Como consecuencia, el sentido de pertenencia cimienta la identidad y las lecciones aprendidas fundamentan el futuro.

De este modo, lo que hoy son y hacen se mantiene vinculado al pasado en el ejercicio de verlo con los ojos del presente. Esto permite la reflexión crítica sobre su quehacer a lo largo de la vida, sus proyectos y sus planes futuros. El relato de la memoria cimienta el porvenir en las luchas ancladas en el pasado porque la memoria entiende el pasado como lo que permanece en el presente a través de la representación. Lo fundamental es la búsqueda de sentido del presente en el pasado.

La memoria cobra sentido, más que como una actitud nostálgica respecto al pasado, como una fuente de saber que orienta y activa las acciones del presente. En este sentido, el pasado más que aparecer como algo inmóvil e inmutable, -o como algo `perdido´-, es resignificado de manera tal que activa, potencia y da una direccionalidad al quehacer social de los sujetos. El ejercicio de mirar hacia atrás, tiene que ver con el ejercicio de mirarse hacia adentro, es decir, de cuestionar y volver al pasado en función de lo actual y contingente. Es por lo mismo, un acto en que se reafirman las identidades sociales. La memoria en acción, tiene que ver con la capacidad de poner en práctica esa acumulación de experiencias que actúa como un dispositivo al cual las mujeres podemos recurrir en nuestras vidas personales y colectivas. Desde ese punto de vista, la memoria actúa como un recurso social disponible para las mujeres. La memoria registra, ordena y ofrece conocimientos que pueden ser puestos en práctica, se trata en definitiva, de un `corpus de conocimientos` que se nutre de una práctica empírica transmitida de generación en generación por medio de distintos tipos de vínculos y redes de comunicación. (Correa y Ruiz, 2001).

En un ejercicio como el sugerido por Correa y Ruiz, Mersky (2006: 7) apunta que pueden ubicarse tres dimensiones de igual importancia en la historia de las mujeres: 1) la parte "objetiva": los hechos duros, el quién, qué, cómo, cuándo dónde, y las responsabilidades; 2) la vivencia subjetiva, fundamental para el análisis de consecuencias: ¿Cómo se sintió? ¿Cómo se vivió? ¿Cómo cambió la vida (individual, familiar, organizativa, comunitaria)?; y 3) las interpretaciones sobre el por qué. Por supuesto, existen sesgos y afiliaciones creadas artificialmente -empezando por la categoría "mujeres"-, pero se trata en un esfuerzo de honestidad en cuanto a lo que se busca, que no es necesariamente la explicación racional de lo que ocurrió, sino más bien cómo lo experimentan los miembros de una colectividad definida por religión, etnia, nación, sexo, modo de vida, etc. En otras palabras, existe un relativismo sobre el que se requiere transparencia (Hobsbawm, citado en Taracena, 2006: 27).

Según Correa y Ruiz (2001), “La investigación de la historia ha subordinado la experiencia histórica de la Humanidad a la experiencia histórica del varón y por lo mismo, la presencia de las mujeres aparece como marginal, limitada y excepcional.” La historia y la memoria han sido una elaboración en “clave masculina”, es decir, lo considerado trascendental es lo hecho por hombres de cierta clase social, grupo étnico y pertenencia religiosa y política, cuyas acciones marcan los períodos históricos que dan forma al pasado (Monzón, 2006).⁴ Las mujeres, en este sentido, serían unas desmemoriadas pues “no tenemos nombre propio, desconocemos nuestra historia y con ello nuestra identidad ha sido designada desde los lugares de poder.” (Vásquez Araya, citado en Monzón, 2006: 250). Claro que hay un lugar para las mujeres en esta historia hecha en “clave masculina”: aparecen como ángeles, flores delicadas, compañeras, etc. A no ser que transgredan, entonces aparecen como brujas, viejas, o incluso buitres⁵. De ahí que a las mujeres les toque ver al pasado en “clave femenina”, con otra mirada, con una narrativa diferente, para ver lo antes oculto y significarlo. Se trata de reivindicar las memorias (en plural), porque las mujeres también son diversas.⁶

De esta manera, recoger memoria de mujeres no es solamente recoger un testimonio y grabarlo, sino que es todo un proceso político que implica la reivindicación de derechos y que además se proyecta en el futuro para las organizaciones y las mujeres en general. No se trata de escribir un panfleto político, sino de tener un ojo crítico. A alguien puede no gustarle escribir sobre los conflictos y tensiones entre las mismas mujeres, o de imposiciones de madrinas-madrastas, pero las relaciones de poder alcanzan toda esfera de vida. Tampoco se trata de poner atención solo a la subordinación femenina, perspectiva que, si bien ha permitido comprender la forma en que la estructura patriarcal de la sociedad domina a las mujeres, ha caído en una visión “miserabilista” de su historia, pues en ella aparecen solo como víctimas y no se reconoce la pluralidad y diversidad de acciones de resistencia y subversión que realizan en la vida cotidiana.

De este modo, para que el vínculo que las mujeres puedan establecer con su propia historia no se limite a “un rescate puramente testimonial de las experiencias pasadas”, Correa y Ruiz (2001) apuntan lo siguiente: “La recuperación de una historia que se ha forjado colectiva y organizadamente a lo largo de distintos y complejos procesos históricos tienen un sentido y una proyección política. Este retorno hacia nosotras mismas posee una dimensión profundamente social, ya que no sólo permite un acercamiento crítico a las experiencias pasadas, sino también a fortalecer los lazos de nuestra identidad colectiva.”

Intervención: construcción del Nos-otras⁷

¿Qué sucede con las investigadoras? Pues bien, ellas son las que tejen, median, aprenden y son cómplices en este proceso. Han visto que la igualdad de género es posible, aunque solo sea por un tiempo y en una situación límite. Escuchando el relato de estas mujeres no se puede evitar gozar con lo que a ellas les da orgullo y alegría, así como sufrir con sus penas. La investigación también se ha convertido en vehículo

para que ellas encuentren nuevamente la alegría de luchar juntas continuamente y así ver con ojos nuevos su participación activa en las organizaciones, lugar desde el cual deciden tomar la palabra, discutir y reflexionar.

Cuando la investigación se hace desde una posición de compromiso con la causa de las mujeres, se pasa a formar parte de un colectivo cuyos límites posiblemente no puedan ser definidos (mujeres rurales organizadas). Una investigación de este colectivo permite encontrar mujeres que son distintas de las que nunca han estado organizadas, que no han tenido un recorrido por la lucha armada, la acción política o la gestión, es decir que carecen de destrezas para la esfera pública. Es evidente que son mujeres distintas de las que viven bajo el poder masculino y sin involucrarse en acciones liberadoras, puesto que han perdido el miedo de hablar y ya no permanecen mudas ni calladas.

En algunas investigaciones, la investigadora a cargo no ha experimentado junto con quienes narran su vida los hechos contenidos en el relato, por lo que se da un encuentro entre dos Otras. Pero las palabras que brotan para interpretar la propia realidad, enfatizando en el ser mujer, posibilitan un espacio para la creación del Nos-otras a través de la mediación de la escritura. El proceso arranca de la intención de generar una práctica reflexiva y transformadora mediante una intervención a través del diálogo con mujeres que se han convertido en sujetos políticos capaces de mantener o transformar la realidad. La organización es la dimensión presente desde la que se reflexiona y analiza el pasado de combatientes, trabajadoras de finca, miembros de una organización social tradicional, sobrevivientes del genocidio y, en fin, actoras diferentes.

La principal dificultad es la de organizar el relato de la memoria, dado que este tiende a ser cíclico muchos detalles se repiten constantemente. No obstante, el ejercicio debe procurar capturar las voces de quienes narran, de modo que al desgranar la intrincada simbología contenida en la memoria no exista un quiebre entre lo que los participantes dicen y lo que quien investiga dice. Luego de recoger el discurso hablado, empieza la aventura de entretrejer los relatos para escribir la memoria. La palabra escrita tiene el poder de convertir los relatos en una forma de no olvidar, de no ser olvidadas; y a la vez de constituirse en herencia para sus hijos e hijas: "ni hoy ni mañana se nos va a olvidar, hasta que muramos. Pero cuando queda por escrito no se perderá de la mente de nuestros hijos. (...) Al dejar clara nuestra vida que tuvimos, dará fruto para nuestros hijos." "Es necesario hacer un documento, dejarlo en un libro, donde nuestros hijos vean de cara al futuro cómo estábamos nosotros como padres de familia, esto nos servirá también para encaminarlos." (Palabras de una mujer ixil excombatiente, entrevistada personal, 2008).

Teniendo tanto que decir desde su propia mirada, las palabras escritas quedan como reconocimiento de una identidad colectiva y al mismo tiempo de su lucha política como mujeres que quieren que su participación sea más activa. A través del relato de la memoria pueden desnaturalizarse las jerarquías y costumbres patriarcales para mostrar sus posibilidades de transformación. En éstos también se encuentran escondidas las formas de dominación basadas en estructuras y relaciones desiguales entre

los sexos, enquistadas en la sociedad y cobijadas en el (falso) argumento de que la vida siempre ha sido así. En esta realidad, las mujeres son sujetos de cambio a través de sus prácticas políticas en la vida diaria y de su participación en las acciones colectivas. Al hacer visibles las desigualdades entre mujeres y hombres, se puede empezar a construir condiciones de igualdad entre los sexos mediante la vigencia de los derechos de las mujeres, empezando por el respeto a su autonomía como ciudadanas con participación en todos los espacios de la vida.

Una ciudadanía distinta requiere emancipación, la cual es una acción producida por el sujeto sobre los procesos y las luchas que lo constituyen y atraviesan (Método de Reflexividad Crítica⁸). Al registrar el habla, tanto investigadoras como sujetas políticas mujeres se hacen cómplices, trayendo el ayer al presente para imaginar el futuro. La experiencia compartida permite la crítica de patrones de discriminación y subordinación que se ven como naturales. Así, la vivencia de las desigualdades de género se convierte en una fortaleza que permite crear identidad como mujeres del campo. La memoria se constituye en una estrategia discursiva de construcción de identidad.

En Guatemala, se ha trabajado la memoria como compendio de testimonios y se han elaborado biografías etnográficas. Sin embargo, en ambas formas de memoria las mujeres aparecen como víctimas, o en desventaja socioeconómica y política. Para las investigaciones que nutren este artículo, se ha intentado buscar una narrativa diferente, una mirada de las mujeres hacia sí mismas.

Memoria de mujeres

La construcción de un Nos-otras, que une a mujeres en su condición común permite explorar las posibilidades de construir otra ciudadanía desde los relatos femeninos. Como ya se explicó, al pedirles a las mujeres que narren su historia, se provoca por un lado el recuerdo, pero por otro se construye una memoria. Es decir, se teje un relato desde la pauta puesta por la entrevista que, si bien es precedida por un proceso que permita navegar entre la tormenta de recuerdos y emociones, da lugar a una narración más pausada, reflexiva y profunda que demanda además preguntas correctas que lleven a recordar y comprender el tiempo tal como es percibido por quien relata el pasado. La construcción resultante entremezcla los recuerdos propios con los de las demás para encontrar una narrativa común de las mujeres. Así, desde su identidad como mujeres, la narración se entiende como una forma de no olvidar, de no ser olvidadas.

En sus relatos, el pasado convive con la cotidianidad porque la memoria es un ejercicio más afectivo que racional: es cordial, afectuoso, y proviene del corazón. La acción de recordar, de volver a pasar por el corazón, encaja perfectamente en la cotidianidad porque lo vivido permanece indeleble en ella. En otras palabras, es difícil recordar algo que no ha provocado emoción alguna. A las mujeres se las educa para los afectos y las emociones, y eso facilita la narración generada por el proceso de activar el pasado a través de los sentimientos.

De este modo, las mujeres que dan su testimonio encuentran una oportunidad, a veces esperada y otras veces no, para contar lo vivido, y en el proceso logran sentirse parte de un colectivo más grande. La memoria une generaciones: las ancestras encuentran una forma de llegar hasta el presente. Los detalles de la cotidianidad que ubican temporal y espacialmente a la memoria van develando el panorama de la “normalidad” que se rompe por la guerra, el genocidio, la represión o el encierro en las fincas cafetaleras. No obstante, a pesar de que son los eventos traumáticos los que generalmente organizan el relato femenino, es necesario evitar la repetición ritualizada del relato traumático y siniestro, por las razones antes expuestas (Manz, 1999).

En el peligro de luchar con un pasado visto como una serie ininterrumpida de opresiones y violencia hacia las mujeres deja como única posibilidad de futuro el rompimiento total con toda violencia e injusticia. Al hacer esto, el pasado quedaría caracterizado como una herencia maldita, lo que lo convierte en un pasado despolitizado y deshistorizado. ¿Sería posible una sociedad que no tenga nada que ver con su pasado? En una sociedad sin pasado habría que pensar en cómo se socializa una nueva generación en un “pasado que no pasa” (serie ininterrumpida) y un “presente sin pasado” (ruptura absoluta), sobre todo cuando la idea de futuro promisorio (equidad, igualdad, libertad, autonomía) opera como movilizador del presente. Tal vez se requeriría de un pacto de olvido en nombre de la reconciliación, experimento fallido en varias sociedades con pasados traumáticos.

Nuevamente, así como la memoria puede ser un dispositivo de poder, también puede ser una herramienta de lucha. Al construir su relato, las mujeres inevitablemente van recuperando todas esas luchas sin las que el hoy no sería posible. Siguiendo la ruta del laberinto memorial, va haciéndose visible el protagonismo femenino en las luchas de un pueblo, una comunidad o una organización, haciendo posible evidenciar el sentido de sus decisiones a través de un relato que contiene la razón del pasado. La identidad vinculada a la memoria resulta así estar relacionada con las prácticas cotidianas y al impacto de sus acciones en las comunidades y reconocer en la memoria elementos cohesionadores que les sirven para recuperar sus raíces y llenar los vacíos en la historia personal. El sentido de pertenencia, por ende, cimienta la identidad y las lecciones aprendidas fundamentan el futuro, haciendo que el pasado dé sentido al presente.

En cuanto al futuro, muchas veces a las mujeres el futuro prometido se les ha convertido en un “futuro pasado”, un sueño no cumplido. “La idea de una sociedad sin pasado, o de un pasado lejano del que se estuvo ausente, o la visión de un presente montado y amenazado por fuerzas impersonales pareció minar toda ilusión acerca de la capacidad de agencia de la sociedad y la política [y las mujeres].” (Rabotnikof, 2007) Estas amenazas percibidas, la mayoría de veces más reales que imaginados, han logrado despojarlas de la capacidad de ser protagonistas en los relatos. De ahí que sea doblemente importante la construcción de una memoria femenina: primero para construir relatos de protagonismo, y segundo para recuperar la idea de futuro que sirva como movilizador del futuro.

Memoria de mujeres del campo: ¿otra ciudadanía?

Los relatos recogidos en las investigaciones ya aludidas, y realizadas en el marco institucional de AVANCSO, plantean principalmente tres grandes asuntos. El primero es que las mujeres del campo, además de las opresiones comunes a todas las mujeres, sufren otras dadas por su contexto rural, la pobreza, las relaciones de género y la particular intersección de las identidades de género, raza y clase en ellas y sus compañeros. Demuestran, además, que las mujeres son capaces de reconocer y nombrar esas opresiones, así como de identificar vagamente de dónde provienen.

El segundo gran asunto es la capacidad de soñar. Las mujeres del campo saben imaginar una vida mejor, identifican cuáles transformaciones son necesarias para vivir mejor, confían en que sus hijos vivirán mejor, y le apuestan a una socialización distinta para lograrlo. Sin embargo, no están seguras de cómo se consigue lo que sueñan, y en sus relatos aparece la idea de un cambio “desde arriba”: una súplica constante al gobierno, una espera eterna por “ayudas” o capacitaciones.

El tercer gran asunto es una presencia y una ausencia. La ausencia radica en que todas comparten esa difusa insatisfacción e incomodidad que no saben cómo llamar, ni cómo enfrentar, y que está dada por una vida dedicada a caber en el molde de lo que significa ser mujer. La ausencia recae en que no existe un cuestionamiento -o existe pero de manera muy incipiente- a este orden social que se considera hasta natural y que ubica a las mujeres en el espacio doméstico, a los hombres en el público, a las mujeres como madres, a los hombres como proveedores, y que organiza toda la estructura social a partir de la legitimación de la prole por la vía masculina.

Cabe decir que lo político no sucede exclusivamente en el espacio público, sino también sucede en la esfera privada, por lo que cuando se lleva a lo político todo aquello que se considera ya establecido o natural en cuanto al reparto del trabajo y las relaciones personales en el hogar se está politizando la vida cotidiana. Esto constituye una fuerte afronta al patriarcado y extiende el alcance de las luchas campesinas que se gestan y dan fuera del espacio doméstico. Esta politización de la vida cotidiana se da a partir de una de las estrategias de lucha que las mujeres eligen, y que consiste en llevar al espacio público sus roles tradicionales para legitimar con ellos sus demandas y luchas. Así, se hacen visibles en el ámbito político, mientras en apariencia no trastocan⁹ el “orden social”. Esta estrategia presente en los relatos de memoria -y que no es exclusiva de las mujeres del campo-, presenta una imagen de estas mujeres como madres y amas de casa que buscan educación para sus hijos, vivienda para la familia y acceso a servicios públicos, pero al mismo tiempo logra horadar al patriarcado, permitiéndole a las mujeres un espacio y levantando una voz que ya no puede ser ignorada.

En una lectura de los relatos contenidos en las investigaciones mencionadas fue evidente que el rompimiento de “la normalidad”¹⁰ marca el itinerario de memoria porque crea ventanas de tiempo en las que ellas pueden actuar con libertad, autonomía y estar en el espacio público como protagonistas. Con ellas se busca explicar por qué la vuelta a “la normalidad” significa una vuelta a las formas de vida y a las relaciones intergenéricas de siempre, antes de que las situaciones límite las colocaran

en una posición de igualdad con los hombres. Algunas no logran identificar ninguna diferencia entre su vida antes y después de la crisis, sino solo durante, y organizan su relato alrededor de esa experiencia.

Sin duda, para trastocar el “orden social” son útiles esos paréntesis en el tiempo en que el límite entre lo masculino y lo femenino se hace más borroso. En esas interrupciones del tiempo normal, las mujeres actúan visiblemente fuera del espacio doméstico, lo que tiene repercusiones en las relaciones en la esfera privada, aunque no sean profundas ni generen cambios rápidos. En los contextos de lucha por la tierra, donde las mujeres han asumido un papel protagónico usando cuanto recurso esté a su disposición, tanto los simbólicos (imagen de madre, el himno nacional) como los materiales, ellos han contribuido a lograr el objetivo inmediato y a crear las bases para alcanzar el objetivo ulterior. Esta experiencia genera en ellas nuevos vínculos colectivos y referentes identitarios, lo que se traduce en una forma de conocimiento diferente y en una serie de reflexiones sobre su lugar y su papel tanto en la comunidad como en el hogar.

Sin embargo, el resultado de las luchas con las que estas mujeres contribuyen, muchas veces incluso arriesgando sus vidas, resulta a veces en beneficio de los hombres (igual que sucede con el trabajo femenino en el hogar). La propiedad de la tierra, obtenida como compensación por sueldos y prestaciones adeudadas o por la vía del endeudamiento a través del Fondo de Tierras¹¹ es para los hombres. Muchas veces las mujeres no son las propietarias ni aparecen como beneficiarias, aun cuando han vendido propiedades, animales o productos artesanales para aportar en los gastos de trámites, viajes, traslado y cuotas a la cooperativa o asociación. Esta iniquidad se lleva al extremo de expulsar a las mujeres que quedan viudas o solas de las comunidades libres¹² bajo el pretexto de que ellas no son capaces de cumplir con el jornal requerido por la cooperativa o asociación formada para administrar la tierra.

Las organizaciones campesinas, especialmente las nacionales y las de segundo nivel, trabajan constantemente para incidir en las políticas públicas de desarrollo rural, uso y acceso a la tierra, y uso y administración de los recursos naturales. En este sentido, para las mujeres estas luchas de interés común las ligan a estas organizaciones, al punto que desde hace ya algunos años han intentado colocar sus demandas específicas para que sean asumidas por las organizaciones de las que forman parte. La cuestión central es su participación como sujetos políticos en la organización y, por extensión, en la comunidad. El siguiente paso es esta misma reflexión dentro del hogar, lo que conlleva iniciar a trastocar las relaciones de poder domésticas.

Atrás quedan los tiempos en que el involucramiento femenino era bastante indirecto o el resultado de espacios creados y “otorgados” por los hombres para incluir a las mujeres. Cada vez puede verse con más claridad que la participación femenina tiene distintos niveles y distintas formas, y que no todas van unidas a una identidad política. Un primer paso ha sido pasar de ser las que preparan la comida para que los hombres lleven en sus viajes de gestiones a conformar una Junta Directiva de Mujeres, pero otro paso mayor será que las mujeres estén en los espacios de discusión y decisión y, todavía más allá, que la organización asuma las demandas de ellas como propias.

En sus relatos, las mujeres son más visibles en las luchas y en las organizaciones no porque los hombres les den permiso para estar en el espacio público o porque los organismos cooperantes exijan un “enfoque de género” en los proyectos, sino porque se han convertido en rebeldes incómodas¹³. Estas mujeres son vistas así no solo por un sistema que les niega su capacidad de ser sujetas, sino también por sus mismos compañeros de lucha y vida, a quienes interpelan y en cuyas relaciones van generando procesos encaminados a trastocar el “orden”, empezando por disponer de sí mismas.

Este proceso ya iniciado y en marcha –sea visible o no, y sean ellas visibles o no– incluye politizar la vida cotidiana y resolver las tensiones generadas por ser ellas sujetas políticas, en términos de relaciones de género, del uso del poder, de las identidades y de las autoafirmaciones. Esto significa que las estrategias de lucha se van transformando y que se están desplazando referentes identitarios viejos y generando nuevos, tanto en las mujeres como en los hombres. Significa, en fin, que el anclaje del presente en el pasado está dado por el futuro.

Mujeres construidas por la memoria

¿Cómo constituye a las mujeres el acto de recordar? Si la memoria es un ejercicio epistemológico y de creación de realidad, entonces las mujeres están construidas a su vez por esa memoria. Esta no solo narra la experiencia y perfila las posibilidades de futuro, sino que también está inscrita en su cuerpo: las cicatrices de la guerra, las estrías de la maternidad, el encorvamiento de la osteoporosis. La salud femenina es sin duda la más descuidada del hogar, así como lo es su desarrollo intelectual. Pero estas parecen no ser decisiones bajo su control, o al menos no por completo. Su cuerpo relata una historia personal construida desde lo colectivo en el que el cuerpo es como el lienzo de una memoria que al mismo tiempo es y no es propia. Por lo tanto, para hablar de una ciudadanía femenina es requisito la reapropiación del cuerpo como primer territorio desde donde ejercer autonomía.

El conocimiento también ha definido qué es ser mujer y cómo se debe ser mujer. Esta violencia epistemológica ha sido estudiada y deconstruida. El conocimiento científico del siglo XVIII afirmaba que una mujer perdía su capacidad para la maternidad si llegaba a cultivar sus capacidades intelectuales, lo que demuestra una concepción en la cual la mujer era toda concupiscencia y nada de razón. Estas certezas contrastan con la imagen de una mujer que al ser madre no deja de ser subjetividad individual, la cual se encuentra narrada en la memoria colectiva de estas mujeres y, por lo tanto, resulta contestataria.

La manera en que esa memoria se crea, circula y vincula ocurre en los espacios donde la experiencia se comparte, donde al hablar de la vida cotidiana se le politiza. Las narraciones individuales encuentran eco en otras, y las memorias colectivas entonces se hacen narrables. En las diferentes formas de traer el pasado –o fragmentos de este– al presente están los usos políticos de la memoria. Demoliendo la violencia epistemológica se puede elaborar un conocimiento anclado en un pasado y con perspectivas de futuro, pero no como imposición, sino como construcción. Hablar de un

uso político de la memoria es hablar de recuerdo y de olvido. Eso requiere conciencia de las opacidades y la honestidad sobre la condición histórica y la situación de vida. El resultado puede ser una criticidad frente a una memoria elaborada para las mujeres (imposición) y no por las mujeres (construcción).

Una posible vía para comprender la vinculación entre memoria, ciudadanía y mujeres es acercando el estudio de la memoria al feminismo, reconociendo las contradicciones, tensiones, complejidades y ambigüedades del mundo social donde se crea la memoria. Esto es, incorporar las paradojas y dilemas que constituyen las relaciones de género, tanto en el espacio público como en el privado. "Que las mujeres reclamen derechos de igualdad frente a los hombres sobre la base de su especificidad e identidad de género entraña una paradoja irresoluble, que se repone permanentemente en la historia de las luchas sociales." (Scott, citado en Jelin, 2010: 75). Los feminismos han tendido o a demandar igualdad o a reivindicar diferencia, cuando el reconocimiento de estas paradojas, ambigüedades y contradicciones abre el horizonte a combinaciones, soluciones y salidas más creativas. En los ejercicios de memoria se pueden encontrar tanto estas tensiones como sus soluciones, y es por eso que es fundamental tomar esos relatos como puntos de partida para una ciudadanía de las mujeres, como en este caso ocurre con las del campo. La memoria colectiva como elaboración histórica de las mujeres del campo significa subvertir lo que imposibilita su voz y su autonomía desde la vida cotidiana hasta la academia, desde la organización hasta el Estado.

Notas

- 1 Este artículo hace referencia a relatos recogidos en investigaciones en las que he participado tales como AVANCSO (2009), Hernández et al. (2008), López Molina (2010), y otras en las que no he participado como Huet (2008) y Velázquez Nimatuj (2008). También se nutre de la reflexión sobre la experiencia de investigar y los vínculos que se crean con el sujeto, incluyendo mi participación en la Red de Mujeres de Plataforma Agraria
- 2 Asociación para el Desarrollo Integral de Quiché ADIQ-KUMOOL, Alianza de Mujeres Rurales AMR, Organización de Mujeres Estrella Tzutujil OMET, Red de Mujeres de Plataforma Agraria, Articulación de Mujeres Tejiendo Fuerzas para un Buen Vivir.
- 3 Ver "Discusión". *Memoria e Historia: Seminario internacional en homenaje a Myrna Mack* (2006: 114).
- 4 Según Correa y Ruiz (2001), las mujeres entran a la historia no por una convicción de que fuera necesario, sino porque la historia incorpora la esfera privada a su foco tradicional en el ámbito público (logro de la Escuela de los Anales) transitando de lo político a lo social, lo cotidiano y lo personal.
- 5 Cabe recordar el caso de Berta Stecker, la primera mujer que se inscribió en la Facultad de Medicina, a la que sus compañeros estudiantes se refirieron en un periódico con la frase "la miel no se ha hecho para el pico del zope (buitre)." Caso similar es el de la llegada de la española Belén de Sárraga a Chile en 1913, quien mientras recibía numerosas muestras de apoyo de sectores liberales, radicales, anarquistas y socialistas, escandalizaba a los conservadores con sus postulados anticlericales y emancipadores. A tal punto llegó el malestar de estos sectores que la prensa conservadora la trató de "estafadora, divorciada, vieja, fea, prostituta y sin hijos", llamando a boicotear sus conferencias (Monzón, 2006; Correa y Ruiz, 2001).

- 6 Sin embargo, para Ruz la memoria de las mujeres siempre ha estado ahí: “lo que ha faltado es tiempo y olfato”. Con esto se refiere a que aparecen incluso en textos coloniales, en los cuales existen documentos que refieren conflictos y reclamos por propiedades y derechos (cuando el marido o concubino fallece). (Ver *Memoria e Historia: Seminario internacional en homenaje a Myrna Mack* (2006: 359).
- 7 Noción de Ligia Peláez, surgida en las discusiones alrededor de la investigación con excombatientes ixiles publicada en Hernández et al. (2008).
- 8 Para conocer sobre este método ver <http://www.avanco.org.gt/imaginarios.htm#MRC>.
- 9 Trastocar, “mudar el ser o estado de algo, dándole otro diferente del que tenía” y no trastocar, “trastornar, revolver” y por extensión, “invertir el orden regular de algo”.
- 10 Puede ser por la guerra, el genocidio, el desalojo de la finca cafetalera, etc
- 11 Desde 1997, y como resultado de los Acuerdos de Paz, se empezaron a crear estas instituciones y a movilizarse fondos para formar un mercado de tierras. En este proceso han participado las organizaciones campesinas, quienes han aportado al proyecto de ley y han tenido representación en el Consejo Directivo. Esto ha tenido mejor resultado para los terratenientes, quienes obtienen el mismo precio por tierras desgastadas, improductivas, escarpadas o deforestadas que por tierras productivas. Para los grupos campesinos que han accedido a tierra por este medio, esta situación ha significado un endeudamiento impagable, debido a que el apoyo técnico y los créditos productivos no son otorgados a pesar de ser parte del compromiso que el Estado adquiere, dejándoles la responsabilidad de hacer producir tierras no aptas para ello por sus propios medios.
- 12 Las comunidades creadas por exmozos colonos se denominan comunidades libres por estar fuera del control patronal.
- 13 Apelativo utilizado por el subcomandante insurgente Marcos para referirse a las mujeres mexicanas del EZLN.

Bibliografía

- AVANCSO. *Memoria de mujeres, lucha e identidad: Santiago Atitlán y Tukurú*. Guatemala: AVANCSO, 2009.
- Candau, Joël. *Antropología de la Memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2002.
- Correa, Ma. José y Olga Ruiz. “Memoria de las mujeres: espacios e instancias de participación Prensa Feminista, Centros anticlericales Belén de Sárraga y Teatro Obrero.” *Cyber Humanitatis, Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades* 19 (2001). Recuperado el 13 de junio, 2011 de <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/RCH/article/viewArticle/8886/8734>
- Da Silva Catela, Ludmila. “Desaparición, violencia política y dictadura en Argentina: Mapas de la violencia, políticas y ciclos de las memorias.” *Memoria e Historia: Seminario internacional en homenaje a Myrna Mack*. Guatemala: AVANCSO, 2006. 51-78.
- “Discusión”. *Memoria e Historia: Seminario internacional en homenaje a Myrna Mack*. Guatemala: AVANCSO, 2006. 113-122; 357-362.

- Escolar, Cora y Cecilia Palacios. "Memoria y vida: reflexiones epistemológicas acerca del discurso institucionalizado de la memoria." *Acciones e investigaciones sociales* 27, julio (2009): 55-68.
- Hernández, Rosalinda, Andrea Carrillo Samayoa, Jacqueline Torres Urizar, Ana López Molina, y Ligia Z. Peláez Aldana. *Memorias rebeldes contra el olvido: Paasantzila txumb'al ti' sotzeb'al k'u'l*. Guatemala: laCuerda, Plataforma Agraria, AVANCSO, 2008.
- Huet, Alfonso. *Nos salvó la sagrada selva: la memoria de veinte comunidades q'eqchi'es que sobrevivieron al genocidio*. Guatemala: ADICI, 2008.
- Jelin, Elizabeth. "Perspectivas y desarrollos convergentes: derechos humanos, memoria y género en las ciencias sociales latinoamericanas." *Problemas de historia reciente del Cono Sur, Volumen I*. Comps. Ernesto Bohoslavsky, Marina Franco, Mariana Iglesias, y Daniel Lvovich. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010. 57-80.
- López Molina, Ana. "Desafiando al patriarcado desde las luchas campesinas." *Observatorio Latinoamericano 3: Dossier Guatemala*. Coord. Juelieta Carla Rostica. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, 2010. 70-77. Disponible en <http://www.avancso.org.gt/archivo/1282346115.pdf>
- Manz, Beatriz. "La importancia del contexto en la memoria." *De la Memoria a la Reconstrucción Histórica*. Beatriz Manz, Elizabeth Oglesby, y José García Noval. Serie Autores Invitados, No. 3. Guatemala: AVANCSO, 1999.1-22.
- Mersky, Marcie. "Viendo el pasado, viendo el futuro: los retos de la memoria y la historia en Guatemala." *Memoria e Historia: Seminario internacional en homenaje a Myrna Mack*. Guatemala: AVANCSO, 2006. 3-12.
- Monzón, Ana Silvia. "Entre silencios y olvidos emergen las memorias de las mujeres guatemaltecas." *Memoria e Historia: Seminario internacional en homenaje a Myrna Mack*. Guatemala: AVANCSO, 2006. 249-256.
- Ruz, Mario Humberto. "Maya: un pasado de olvidos, un futuro de memorias." *Memoria e Historia: Seminario internacional en homenaje a Myrna Mack*. Guatemala: AVANCSO, 2006. 293-336.
- Rabotnikof, Nora. "Memoria y política: el juego del tiempo en las transiciones." *Perspectivas Progresistas*. Fundación Friedrich Ebert, 2007. Recuperado el 8 de agosto 2011 de www.fesmex.org/common/documentos/Ponencias/Paper%20Memoria%20y%20Politica%20Nora%20Rabotnikof%20Oct07.pdf
- Rajchenberg, Enrique y Catherine Héau-Lambert. "Las mil y una memorias." *Bajo el Volcán, Revista del Postgrado de Sociología* 1.1 (2000): 25-45.
- Rivera, Silvia y Alejandro Margetic. "La intolerancia epistemológica como forma de exclusión del saber." Argentina: Universidad Nacional de Lanús, (s.f.). Recuperado el 8 de agosto 2011 de <http://autonomiayemancipacion.org/Biblioteca/D4/Epistemologia%20%20Silvia%20Rivera%20Cusicanqui%20y%20Alejandro%20Margetic.pdf>
- Taracena Arriola, Arturo. "Historia, memoria, olvido: el caso del conflicto armado en Guatemala." *Memoria e Historia: Seminario internacional en homenaje a Myrna Mack*. Guatemala: AVANCSO, 2006. 27-42.
- Tischler Visquerra, Sergio. *Memoria, tiempo y sujeto*. Guatemala: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (BUAP) – F&G Editores, 2005.
- Velásquez Nimatuj, Irma Alicia. *Pueblos indígenas, Estado y lucha por la tierra en Guatemala: Estrategias de sobrevivencia y negociación ante la desigualdad globalizada*. Guatemala: AVANCSO, 2008.

